



Indivisa. Boletín de Estudios e
Investigación

ISSN: 1579-3141

bindivisa@lasallecampus.es

La Salle Centro Universitario
España

Gómez Gutiérrez, Juan Luis
Francisco Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza, y su labor como
“descubridores” de la sierra del Guadarrama
Indivisa. Boletín de Estudios e Investigación, núm. 16, 2016, pp. 29-63
La Salle Centro Universitario
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77145288002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Francisco Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza, y su labor como “descubridores” de la sierra del Guadarrama

Juan Luis Gómez Gutiérrez
Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle (UAM). Madrid
jlgomez@lasallecampus.es

Resumen

El pasado mes de febrero de 2015 se cumplieron cien años de la muerte del maestro Francisco Giner de los Ríos y en septiembre de este mismo año, el día 1 para ser más concreto se ha cumplido el ochenta aniversario del fallecimiento de su principal alumno y continuador de su obra Manuel Bartolomé Cossío. Aprovechando este momento tan especial he querido adentrarme en una de las facetas que más ha influido en mi historia como persona y como profesional. Me refiero evidentemente a la influencia que ambos, y otros muchos, tuvieron en el nacimiento de una actividad que en la actualidad se muestra vigorosa en la práctica, pero casi siempre ciega hacia aquellos que tan voluntariosa e intrépidamente comenzaron con el estudio, conocimiento y admiración hacia la sierra del Guadarrama. Aquellos que hicieron de este entorno natural su “aula de naturaleza y vida” para numerosas generaciones de alumnos. La naturaleza, el paisaje y la educación se unen en la voluntad de este documento. El inicio del guadarramismo y su influencia sobre grandes figuras de la cultura española se refleja en sus páginas. Giner y Cossío siguen paseando a nuestro lado admirando los contornos de la Mujer Muerta o los colores teñidos de oro de Peñalara al amanecer.

Palabras clave

Giner de los Ríos, Bartolomé Cossío, guadarramismo, excursionismo, Guadarrama, Institución Libre de Enseñanza.

Francisco Giner de los Ríos, the Institución Libre de Enseñanza and their work as “discoverers” of the Guadarrama mountain range

Abstract

Last February 2015 was the 100 anniversary of the death of Francisco Giner de los Ríos and in September 2015, 1st September to be precise, it was the 80th anniversary of his foremost student and successor of his work, Manuel Bartolomé Cossío. In this very special moment I wanted to go into one of the aspects that has influenced me the most as a person and as a professional. I certainly mean the influence both –and many others– had in the birth of an activity that has proved to be vigorous these days, but usually blind to those who begin the study, knowledge and admiration of the Guadarrama mountain range: those who made of this environment their “nature and life classroom” for numerous generations of students. Nature, landscape and education are joined together in the spirit of this document. The beginning of *guadarramismo* and its influence on great leading figures of the Spanish culture are reflected in its pages. Giner and Cossío continue with us admiring the outline of the *Mujer Muerta* or the golden colours of Peñalara at dawn.

Key words

Giner de los Ríos, Bartolomé Cossío, *guadarramismo*, hiking, Guadarrama, Institución Libre de Enseñanza (Free Teaching Institution).

Resultado de un empeño

Siendo aún un niño tuve la oportunidad de tomar conciencia de las maravillas que encerraba la sierra del Guadarrama, “la Sierra” tal como la conocemos en Madrid. Desde muy joven pude recorrer sus intrincados caminos, sendas, veredas, canchales, neveros, cuerdas, cimas, lomas, collados, barrancos y cuantas posibilidades nos ofrece, para perdernos en su laberíntica geografía, los miles de espacios y rincones dignos de las mayores cordilleras del globo terráqueo. Pequeña, es verdad que es pequeña si la comparamos con la inmensidad de otras cadenas montañosas de España o de Europa (Picos de Europa, Pirineos, Alpes, etc.); suave, es verdad que sus laderas y alturas son de relieve suave, la mayoría de las veces redondeado por la erosión y por su propia formación geológica, aunque esto no quiere decir que no presente espacios con un relieve complejo, con paredes y riscos significativos y con recorridos que cuando llega el frío invierno de la meseta y con él sus nieves y hielos hacen de sus alturas lugares realmente al nivel de cualquier otra cordillera de la vieja Europa.

Por estos espacios tuve la oportunidad de gozar de la vida, días y noches, en contacto íntimo con la naturaleza del Guadarrama. Desde las alturas de la sierra del Malagón y los Abantos a las de Somosierra y las Pedrizas, como le gustaba decir a Giner. Días de disfrutar de sus rincones más inaccesibles, de sus arroyos, de sus canchales, de sus pinares y piornos. Noches en las que me estremecí vivaqueando bajo una cúpula celeste cubierta de millones de estrellas que trasladan el sentido de nimiedad del ser humano, pero que también hacen comprender la centralidad que cada uno ocupa en su propio devenir. Conocer a fondo su geografía, su realidad, su fuerza, su severidad me llevó a amar estas montañas y lo que representan.

Acercarme a las historias de aquellos que tanto han contribuido a que apreciemos el legado extraordinario que nos ofrece nuestra geografía, llegó algo más tardíamente. Durante mis estudios de Pedagogía, y entre otras cosas gracias a la influencia de mi buen amigo, compañero de montaña y profesor Anastasio Martínez Navarro, que siempre tendré en mi memoria, tuve la suerte de tomar contacto con la realidad y obra de los institucionistas y muy concretamente comenzó lo que yo llamaría una relación de afecto intenso por algunas personas con las que no había coincidido por cuestión de biografía, pero con las que me unían múltiples anhelos, proyectos y sueños pedagógicos. Es evidente que entre ellos se encontraban, en primera línea, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío.

Desde ese punto nace este documento que pretende recoger algunos de los hechos más sobresalientes, retazos de un empeño, de la aventura comenzada por unos pocos que soñaron y disfrutaron como auténticos pioneros de la actividad excursionista, por un entorno absolutamente desconocido para la mayoría. Aquellos que comenzaron con el excursionismo guadarramista y con el esquí tal como hoy lo conocemos. Aquellos que entendieron, como pocos, que descubrir y amar el paisaje que ante ellos se extendía, era también descubrir y amar la cultura y el progreso de las gentes que lo habitaban. Aquellos que consiguieron con gran acierto inculcar en generaciones más jóvenes, en sus alumnos, el amor por la montaña, por el paisaje, el amor por éste nuestro Guadarrama.

Los pioneros en el descubrimiento del Guadarrama

El entorno de la cordillera Carpetana o Sistema Central ocupa un espacio geográfico cercano a los seiscientos kilómetros, discurre con orientación de suroeste a noreste constituyéndose en la espina dorsal de la Península Ibérica. Comienza en la zona central del territorio portugués y recorre tierras de las comunidades de Extremadura, Castilla y León, Castilla-La Mancha y Madrid. En su devenir por la Península va tomando distintos nombres, de esta manera tenemos su comienzo, o final según se tome, en la portuguesa sierra de Lousa, en la Estrella; para continuar ya por tierras españolas con las sierras de Gata, Francia y Béjar, en Gredos y sus sistemas serranos de Horcajada, Villafranca, Piedra Aguda, La Serrota, Hoyocasero, Paramera, Ávila, Ojos Albos y San Vicente; en Guadarrama y sus sistemas serranos de Malagón,

Mujer Muerta, Siete Picos, Maliciosa, Cuerda Larga, Pedriza, Morcuera, Canencia y La Cabrera; en Somosierra; y en Ayllón con sus sistemas serranos de La Puebla, Ocejón, Alto Rey y Pela donde la Cordillera Central enlaza con el llamado Sistema Ibérico a través de la sierra de Pela, los Altos de Baraona y sierra Ministra.

La primera denominación de Cordillera Carpetana la recibe de algunos pobladores de estas tierras en tiempos pretéritos, como lo fueron las tribus carpetanas. Hasta el siglo XIX al conjunto de los montes que formaban la sierra del Guadarrama también se les denominaba Montes Carpetanos, aunque poco a poco el primero fue popularizándose, desapareciendo prácticamente del uso la denominación inicial.

En lo que tiene que ver con el conocimiento que de la sierra del Guadarrama, en torno a la cual versa este escrito, tenían los habitantes de las zonas a ella colindantes, podemos decir que en general era más bien escaso. Los que mayor conocimiento poseían sobre estas tierras eran aquellos vecinos que vivían en las poblaciones cercanas y que por motivos obvios de índole de supervivencia, se adentraban en sus parajes para buscar el sustento. Entre ellos podían encontrarse todos aquellos que se dedicaban a las labores de pastoreo, a los trabajos de leña y madera, a la caza, a la recogida de frutos silvestres, etc. De todos, podemos decir que tenían un conocimiento cierto de su geografía principalmente por su uso y por la cercanía de sus lugares de procedencia. Mas allá de dichos lugareños, por algunas de sus más intrincadas zonas montañosas, no osaban discurrir otras gentes que los grupos de bandidos que utilizaban lo abrupto de su geografía y lo incivilizado del territorio para guarecerse de aquellos que pudieran perseguirles. De esta manera el escenario de La Pedriza y El Boalo se convirtieron en uno de los principales reductos de famosos bandoleros como Luis Candelas, Paco el Sastre o Pablo Santos quienes junto a sus bandas trajeron en jaque a las autoridades de su tiempo y a cuantas personas acaudaladas tropezaron con ellos en alguna de sus andanzas.

Antes del siglo XIX, pocos conocieron mínimamente la belleza de esta zona montañosa, algunos vestigios tenemos que loan sus virtudes. Así encontramos como primeras referencias culturales el Libro de Montería del Rey Alfonso XI, primera mitad del siglo XIV, en el cual ya se establecía gran parte de la nomenclatura que aún todavía utilizamos para nombrar los parajes de la sierra. También, y en la misma época encontramos la obra de Juan Ruiz, Arcipreste de la Villa de Hita, autor del Libro del Buen Amor, quien parece ser que gustaba de adentrarse por los valles de Lozoya y del Río Lobos (Garganta de El Espinar, o Garganta de Galín Gómez como entonces se decía), dejando algunos poemas que relatan sus andanzas y aventuras galantes con pastoras del lugar. Como nos relata Constancio Bernaldo de Quirós en la conferencia por él pronunciada en el local de la "Real Sociedad Fotográfica" y recogida íntegramente en el BILE de 1918, tomo XLII, Nicolás Fernández Moratín en su poema de la Caza o la Diana, escrito en 1765, describe el entorno de la laguna de Peñalara, relato muy influido por la imaginación del autor y no tanto por la realidad de los elementos del paisaje, no acordes con lo que realmente existía en el entorno y que lleva a preguntarse al mencionado conferenciante si es que es verdad que Fernández de

Morafín habría subido o no en alguna ocasión a la montaña o compuso su narración a través de referencias de terceros. Es curioso que dicho escritor nos transmite el nombre más antiguo de la más alta cima del sistema de Peñalara, cuando dice:

***“Hay en España ceterior un monte,
Canato los antiguos le llamaron,
Y hoy Peñalara...”***

Esta altura también recibió el nombre “Liruela”, aún conservado en el nombre de uno de los arroyos que desde allí se despeña ladera abajo hacia el valle de Rascafría.

Después sería Gaspar Melchor de Jovellanos quién cantaría la belleza del valle de Lozoya en su Epístola de Fabio a Anfriso.

Dicho sea de paso, el conocimiento que de la sierra de Guadarrama tenía la sociedad española y más concretamente por cercanía la castellana y madrileña, era más bien corto y lleno de historias que rayaban los relatos de aventuras lejanas, como si de unas tierras desconocidas y envueltas en un halo de misterio se tratara. Por sus intrincadas sendas y caminos sólo se aventuraban los cazadores bien acompañados por su cuadrilla de compañía. El Guadarrama, como hoy lo llamamos era un perfecto desconocido para el habitante urbano e incluso para los estudiosos del entorno natural en cualquiera de sus vertientes, más tendente al estudio de parajes lejanos que al conocimiento de las riquezas y peculiaridades que revestía este rincón peninsular que con el paso del tiempo se convertiría en Parque Nacional y principal pulmón natural y de ocio de los habitantes de esta zona de la meseta central.

Una nueva manera de interpretar el paisaje. Visión humboldtiana y literaria del Guadarrama.

Es así como nos acercamos a la década de 1880. Hacía apenas cuatro años que la Institución Libre de Enseñanza había abierto sus puertas como proyecto educativo. En las personas de los primeros institucionistas vivían plenos algunos de los enunciados que debían ser parte inherente de su propuesta educativa. Tanto Giner, como sus más allegados compañeros de aventura estaban influidos por algunos de los aspectos básicos de la nueva educación británica: el ejercicio físico, la salud corporal, la actividad en la naturaleza, la actitud exploradora para descubrir lo que hasta ese momento permanecía casi desconocido o el emplear como recurso didáctico aquello que tan a la mano había dispuesto la vida a su alrededor.

La Institución Libre de Enseñanza había pretendido aunar la innovación y la tradición, hermanar lo propio y lo foráneo. Tenía la ILE, representando el pensamiento gineriano, y como tan bien expresó el maestro Azorín, “una nota de universalismo y

otra nota de españolismo”, “Giner y su europeísmo, –escribe Azorín- aliado al amor por el paisaje de Castilla. Giner, europeo y apasionado del Guadarrama”.

Con ese afán de modernización y con esa evidente voluntad de introducir en España las claves de la cultura europea de su tiempo, debe relacionarse la visión del paisaje y del Guadarrama ofrecida por Giner y por los institucionistas. Resulta evidente que en esta visión incorporan los que eran, e iban a seguir siendo, los rasgos del paisajismo geográfico moderno.

Como plantea Ortega Cantero (2012) Giner mostró de manera muy temprana en su obra, en la práctica de su actividad excursionista y en la vertiente siempre pedagógica que ésta revestía, un gran interés por el paisaje. Puede afirmarse que el modo de acercamiento gineriano al paisaje correspondía con exactitud al modo humboldtiano de interpretación paisajística, que se caracterizaba por aunar de forma equilibrada la mirada científica y la artística, la explicación y la comprensión, la razón y el sentimiento. Humboldt representa la síntesis práctica de la mirada roussoniana sobre la naturaleza y el paisaje. Representa la forma de hacer del paisaje la mejor aula en la que llevar a cabo un sinfín de aprendizajes, el mejor laboratorio para interpretar la naturaleza (geología, botánica, biología, climatología, etc.), el arte, las formas de vida, la cultura, y la economía. Giner y sus colaboradores entendían esa forma de apreciar el paisaje o de comprender la geografía y el arte como uno de los progresos obtenidos por otras naciones, y que convenía introducir y cultivar en España.

Lo que pretendieron, e hicieron los institucionistas, fue conectar el paisajismo geográfico humboldtiano con sus ideas y sus proyectos educativos. Asociarlo y adaptarlo a su horizonte intelectual, educativo y político. La visión del paisaje sostuvo estrechas relaciones con su ideario y con sus aspiraciones, con su manera de entender la situación del país, de privilegiar su pasado y su presente, de pensar y diseñar las soluciones que consideraban más adecuadas para los problemas de su momento. La imagen del paisaje habla siempre de lo que cree y espera aquel que la ofrece. Azorín planteaba que “el paisaje somos nosotros”, la mirada sobre el paisaje representa una “imagen cultural” una manera de representar, de ordenar, de simbolizar el mundo que nos rodea. Esta idea va a quedar claramente manifestada en la inculturación que llevan a cabo muchos de los miembros y alumnos de la ILE. Sus escritos, sobre todo los de aquellos que nos han legado su obra lo manifiestan con claridad. Para muchos otros no tan conocidos y famosos, con menos poder mediático y cultural, la influencia de la manera de mirar el paisaje quedaba claramente comprometida por su mirada para representar y simbolizar el mundo y por los valores que les fueron transmitidos en sus años de escuela. Fueron, sin duda, una influencia fundamental en su forma de pensar, de vivir, de comprender el mundo y de plantear las soluciones a los problemas que aquejaban sus días. “La imagen del paisaje habla siempre de lo que cree el que mira y de lo que espera”.

Las cualidades que Giner y los institucionistas descubren en el paisaje, los valores y los significantes que le atribuyen, son inseparables, lógicamente de su pensamiento y de sus creencias. Como señala Ortega Cantero (2012) la imagen que ellos tenían del paisaje forma parte del “imaginario”, del conjunto de representaciones que expresan simbólicamente su concepto e idea del mundo que les tocó vivir y de las maneras propias para reformarlo y mejorarlo. Giner y sus compañeros plantearon un reformismo educativo de carácter liberal y progresista, dirigido a mejorar en sus raíces la educación de los españoles, vehículo necesario y fundamental para lograr una España mejor, más culta, más justa y más libre. La orientación patriótica de Giner, su esfuerzo por definir las claves de la identidad nacional, los rasgos distintivos del carácter y de la historia del pueblo español, son elementos inseparables de su modo de ver y de valorar el paisaje. De ello deja muestra Giner al describir alguno de sus paisajes “Jamás podré olvidar una puesta de sol, que allá en el último otoño, vi con mis compañeros y alumnos de la Institución Libre desde cerca de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos parecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Riofrío en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, oscuro, amoratado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa. Y entonces sobrecogidos de emoción, pensábamos todos en la masa enorme de nuestra gente urbana, condenada por la miseria, la cortedad y el exclusivismo de nuestra detestable educación nacional, a carecer de esta clase de goces, de que, en su desgracia, hasta quizás murmura, como murmura el salvaje de nuestros refinamientos sociales; perdiendo de esta suerte el vivo estímulo con que favorecer la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza” (Giner, 1883). Giner manifestaba una intensa emoción y pasión por el estudio, por la contemplación del paisaje, por las tierras que visitaba, por las gentes y por la cultura de aquellos que la habitaban, así como la admiración por lo que representaban de cultura. “... Amaba con pasión la naturaleza; los románticos franceses que en 1847 vinieron a España (Gautier, Dumas, Boulanger, etc.), se extasiaron con el paisaje del Guadarrama; ellos puede decirse que nos hicieron ver esa magnífica montaña que Velázquez y Goya habían puesto a lo lejos en sus cuadros; mas el descubrimiento permanecía ignorado de los propios españoles; don Francisco Giner, con sus reiteradas visitas dominicales al Guadarrama, había, muchos años después, de completar el descubrimiento de los románticos de allende el Pirineo. De Giner hemos aprendido a no desdeñarnos de viajar modestamente y a no sentir humillación por ello. Giner ha comenzado a suscitar el gusto por las viejas ciudades españolas, por la vida de los labriegos, por las cosas humildes y cotidianas que antes pasaban inadvertidas.” (Azorín, 1916).

La comprensión moderna de Giner concibe el paisaje como la expresión visible de un orden natural que comprende al hombre. Giner percibe el paisaje como una entidad natural, constituida por un variado conjunto de elementos que comprenden desde "la tierra y el agua en sus distintas formas, el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores... hasta el hombre con sus obras (Giner, 2004)", y "el suelo, la costra sólida del planeta" (Giner, 1883), desempeña un papel de especial importancia en la caracterización, incluso estética de paisaje.

Los elementos o componentes del paisaje – el relieve, la vegetación, el agua, el cielo, la atmósfera, los animales, el hombre y sus obras forman una unidad "un todo indivisible"; el paisaje expresa así el orden natural, el resultado unitario, sintético de las relaciones naturales entre todos sus componentes físicos, animados y humanos. El contacto con el paisaje se convierte en un medio educativo de gran importancia que permite formar la inteligencia, la sensibilidad y la imaginación. El paisaje ayuda a formar las capacidades intelectuales, éticas y estéticas de la persona. "La expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales".

Resulta evidente que el disfrute emocional de los institucionistas hacia lo que el medio natural les ofrecía les llevó a vivir ese entorno complejo de manera tan intensa que es inevitable que en ellos se produjera un estado de ánimo y pensamiento conducente a un segundo nivel cercano al de las representaciones libres, estado que les permitió un goce más allá del propio sentido. Las representaciones libres permiten manifestar con mucha mayor claridad las relaciones generadas entre lo que hay en el exterior (paisaje) y lo interior, es decir, las profundas sensaciones, convencimientos y estados de pensamiento que suscita. Podríamos decir, que a estos admiradores de la perspectiva humboldtiana, lo que les genera la contemplación del paisaje es un estado del alma, una armonía con ellos mismos y con el entorno, un estado de espíritu que supone la admiración por lo natural, por la obra del ser humano y una actitud para interpretar las riquezas culturales que en él residen, así como un vivo entusiasmo por lograr una mejora de las situaciones, una regeneración del ser humano y de los estamentos de la sociedad en general para hacer más digna la vida, más acorde con el equilibrio y la armonía que el paisaje, que el entorno del Guadarrama les transmitía.

De ahí que no resulte extraño que convirtieran el estudio y la admiración por el paisaje en una herramienta de primera magnitud de su propuesta educativa institucionista. Refiriéndose a ello escribe Ortega Cantero (2012) "es la vuelta a la naturaleza, a la naturalidad, un regreso a las ideas primigenias roussonianas, la vuelta a lo simple y complejo a la par, la vuelta a lo estético y a lo esencial, la cercanía con la maestra naturaleza y de todo cuanto con bondad nos hace entrega. El regreso a lo armónico, a lo real, a lo auténtico. La relación con el paisaje permite al hombre recuperar su naturalidad, a mantener un diálogo y relación armónica con la naturaleza y a apartarle así de la artificiosidad de la vida urbana".

Giner propone a sus compañeros y a sus condiscípulos salir con frecuencia al campo, acercarse al paisaje natural, aprovechar para ampliar allí sus horizontes intelectuales y espirituales. Sentir allí el roce vivificante, el contacto directo, físico, de la naturaleza con nuestra piel, con nuestros sentidos y con nuestro intelecto. Este será uno de los principios que llevará a la ILE a considerar las excursiones y actividades en la naturaleza como una de las principales estrategias metodológicas de su propuesta educativa. “No es posible explicar a los que no lo han visto lo que era D. Francisco en el campo. Sabía sacar de las cosas naturales todo su divino ideal; poetizaba el paisaje, pero fundiéndose en él y sin tomarlo nunca arbitrariamente como fondo para los propios pensamientos...No le agradaba discutir en pleno campo. No solía en él estudiar ni apenas leer. La naturaleza lo absorbía...andaba a los setenta años jornadas de treinta o cuarenta kilómetros y se bañaba en invierno en el agua helada de los ríos. Ningún pagano amó tanto a la naturaleza...” (de Zulueta, 2015). El arquitecto, historiador y poeta José Pijoán cuenta una anécdota referida a un grupo de los alumnos de Giner cuando en una tranquila jornada en el monte de El Pardo pretendían debatir sobre el paisaje que presenciaban, el maestro les dijo: “...No, no lograrán hoy hacerme hablar; he venido aquí a escuchar; no a debatir; a escuchar algo más grande que estas palabras: esencia y representación... ¿Qué quiere decir aquí todo esto? Guárdenlo para mañana en la clase. ¡Escuchen ustedes al cuclillo que canta! ¡Miren este cielo azul! Vivamos, vivamos; gocemos de este vivir como gozan de él todas las demás cosas...” (Pijoán, 1927). Para lograr todo ello ¿qué mejor laboratorio que el de los cercanos montes carpetanos de la sierra del Guadarrama que gozosamente se prestaban para servir a la experimentación y al aprendizaje vivencial para los alumnos y alumnas? El rondeño supo sentir el paisaje castellano “con una emoción tan honda y una tan grande claridad de concepto, que le llevaron hasta la más profunda raíz de su patriotismo que emana de la tierra en la que formó un pueblo su alma y su historia” (Altamira, 1921). Tal como nos relata el ya citado Bernaldo de Quirós, al mes siguiente de su desaparición en febrero de 1915, “...D. Francisco Giner fue para nosotros el revelador del Guadarrama y quien le mostró a las generaciones actuales como una gloriosa belleza para la que éramos ciegos, como una alta escuela de salud y energía reparadora del estrago de la vida de ciudad, casi bajo su sombra...D. Francisco en un amor activo llegaba a las cumbres nevadas, instalando sobre ellas la exquisita sensibilidad de su cerebro en el breve transporte emocional que acompaña a la posesión de una alta cima...” (Bernaldo de Quirós, 1915).



Francisco Giner en una de sus visitas al Monte de El Pardo



Francisco Giner en conversación con José Castillejo en el Monte de El Pardo

Giner supuso un punto de partida y un referente para una legión de institucionistas y personas cercanas a la ILE que encontraron en el acercamiento a la naturaleza, y más concretamente a los montes de El Pardo y Guadarrama un entorno de admiración, de aprendizaje, de reflexión tranquila acerca de los valores naturales pero también de los significados que éstos podían tener en la búsqueda de las claves de la añorada identidad nacional y de la necesidad de la ansiada regeneración de España como pueblo. Los muchos compañeros, discípulos y simpatizantes del maestro pronto llegaron hasta lo más profundo de las raíces de la organización social y fue así como sus ideas e ideales fueron calando rápidamente en una nueva mirada hacia la naturaleza. Así comenzaron a surgir los primeros clubes alpinos y de amantes de la montaña en el entorno madrileño.

En 1907 fue creado el Club Alpino Español bajo el auspicio de algunos institucionistas de las primeras horas. Esquiando en las solitarias montañas del Guadarrama, el noruego Birger Sörensen se topó con un grupo de jóvenes entusiastas excursionistas, casi todos provenientes del entorno de la Institución Libre de Enseñanza, capitaneados por el profesor Manuel Bartolomé Cossío y entre los que se encontraba Manuel González de Amezúa. Fruto de este casual encuentro entablaron una buena relación que les permitió iniciarse en el esquí. Sörensen había viajado a Madrid para hacerse cargo de la empresa familiar, la Compañía de Maderas Sörensen Jakhelin y CIA.. Acudía el joven con frecuencia a Rascafría, para supervisar los trabajos de la Sociedad Belga de los Pinares del Paular, que nutría de madera a su compañía. Añorando la nieve de su país, Sörensen solía esquiar con las tablas que él mismo construyó en los talleres de la Compañía de Maderas, los primeros esquís fabricados en España. En su honor se dio nombre a una de las rutas más bellas de la sierra del Guadarrama, la senda del Noruego y la loma del Noruego situada ésta en uno de los “contrafuertes” de Cuerda Larga. Fruto de aquel feliz encuentro y de la admiración que Amezúa sentía por el entorno del Guadarrama decidió fundar en 1903 un club para practicar el alpinismo y el esquí junto a otros diecinueve amigos, al que llamaron Twenty Club. Construyeron una cabaña en El Ventorrillo y en 1908 decidieron ir un poco más allá, pasando de un simple club de amigos a fundar el Club Alpino Español, con sede en el puerto de Navacerrada¹.

En octubre de 1913 se funda en Madrid la asociación Peñalara “Los doce amigos”, adoptando el nombre de la cumbre más elevada del Guadarrama y el número de sus integrantes. Doce amantes de la naturaleza, atraídos por el descubrimiento de la montaña y del incipiente deporte entonces llamado “alpinismo”: un profesor naturalista, otro mercantil, un estudiante de Derecho, dos astrónomos, cuatro funcionarios adscritos al Instituto de Reformas Sociales, un tipógrafo y dos poetas, eligieron como presidente a Constancio Bernaldo de Quirós, verdadero promotor de la asociación, jurista, discípulo y seguidor de las ideas de Francisco Giner de los Ríos. En noviembre de 1915, la asociación de los Doce se transforma, convirtiéndose en una sociedad abierta, participativa, (característica atribuible a la manera de ser de la

1 <http://www.clubalpe.com> Consultado el 29 de julio de 2015.

Institución Libre de Enseñanza, que tanta huella dejó en ellos), adoptando el nombre de Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara² y que desde ese momento tanto ha hecho por el conocimiento y salvaguarda del entorno de la cordillera central.

Giner tuvo un papel fundamental en el descubrimiento para el mundo cercano, y para el más lejano, de la castellana sierra del Guadarrama, así algunos le han denominado como el "padre del guadarramismo", otros han dicho de él que fue "el descubridor del Guadarrama para los madrileños y para el mundo. En 1916, el escritor norteamericano John Dos Passos, de visita por España, descubre de la mano de un sobrino de Francisco Giner de los Ríos, José Giner, que le hacía las veces de cicerone, el rico legado que el fundador de la Institución Libre de Enseñanza había dejado al morir el año anterior. El escrito norteamericano frecuenta la Residencia de Estudiantes, toma el té con Juan Ramón Jiménez, asiste a las clases del Centro de Estudios Históricos y participa en las excursiones al Guadarrama que suele organizar la Institución los domingos. A una de ellas se referiría Dos Passos años después al glosar en un libro sus impresiones sobre aquel viaje a España. El capítulo dedicado a Giner de los Ríos empezaba con unos versos del Romancero del Cid y continuaba, ya en presente, con una imagen del puerto de Navacerrada, animado por el bullicio de los excursionistas y por la llegada incesante de nuevos domingueros, que acudían al reclamo de la nieve. ¿Y esa gente, le preguntó el escritor norteamericano a su acompañante, no estaría mejor tomando el té que ascendiendo al pico de un monte?

- Sin duda alguna, pero ésta es la moda... deporte de invierno... y todo porque un hombre pequeño, delgado y moreno, que murió hace dos años, amaba las montañas.
- ¿Quién era ese hombre? –preguntó Dos Passos-
- Don Francisco Giner respondió su acompañante.

Ese afán de europeizar España antes de que fuera demasiado tarde, de destruir, en palabras de Dos Passos, «todo lo que es individual, salvaje, africano, en la tradición de España», es lo que convertiría la sierra del Guadarrama en trasunto de un paisaje europeo en el corazón de la Península Ibérica. El testimonio de Dos Passos, por el contrario, revelaría la confluencia en la sierra del Guadarrama de los principios esenciales que mueven el pensamiento gineriano, desde un nacionalismo paisajístico hasta un europeísmo modernizador.

En el entorno del macizo del Guadarrama fue donde más hondo calado tomó su especial manera de comprender y ver el paisaje. Seguramente es a Giner a quien debemos la manera moderna de ver e interpretar estos parajes y otros por extensión, con todas sus valoraciones de carácter simbólico que con tanta viveza emplearon algunos de los institucionistas. Su visión del Guadarrama estaba claramente vinculada con las modernas interpretaciones de éste, creadas por algunos renombrados geólogos del momento, como fue el caso de José Mcpherson, Salvador Calderón

2 <http://penalaraonline.org/> Consultado el 29 de julio de 2015.

Francisco Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza, y su labor como “descubridores” de la sierra del Guadarrama.

y Francisco Quiroga, todos ellos profesores de la ILE y muy cercanos al propio Giner. Fue Mcpherson, presidente de la Sociedad Española de Historia Natural, quien introdujo a Giner en el análisis naturalista, propiciando su comprensión con la complicada tectónica terrestre. Mcpheson consideraba el Macizo Central, la sierra del Guadarrama y más concretamente la zona de Peñalara como la “verdadera columna vertebral de la Península Ibérica, representando el segmento más antiguo, geológicamente hablando, de los que forman parte del alma peninsular”. Quizá esta misma visión del Guadarrama llevó a un andaluz de Ronda (Málaga) a considerar vital comprender las raíces de la cultura y la esencia de España para poder comprender lo más auténtico de la cultura y de la identidad nacional. Tanto Giner, como otros muchos institucionistas, y gran parte del mundo cultural, científico, literario y artístico español vieron en este rincón geográfico las esencias a las cuales referirse y en las cuales buscar anhelos necesarios para lograr esa regeneración y modernización nacional, sin perder las raíces, que hiciera de España un país más avanzado en todos los órdenes de la vida. El influjo gineriano, es indiscutible en tantos y tantos como cabe atisbar a través del legado literario de algunos notables seleccionados como ejemplo vivo.



Don Francisco Giner en el transcurso de una excursión

José Ortega y Gasset estaba unido por una profunda relación personal e intelectual con Giner y con otros institucionistas y seguidores de la ILE como Machado, Bernaldo de Quirós o Azorín, admiración que le llevó a decir del maestro “¡Cuánto nos queda por aprender de lo que Francisco Giner de los Ríos y un puñado de hombres ilustres hicieron por poner a España al nivel que le correspondía en la historia!” seguramente de esta admiración y relación surgió la preocupación de Ortega por el Paisaje y por la influencia de éste en la vida de aquellos que lo habitan, de ahí que

no es extraño que pensara que "...los paisajes me han creado la mitad mejor de mi alma...", en el mismo artículo escribó:

"Recuerdo que una vez me encontraba en la raya de Segovia, dentro de un monte de pinos, al tiempo que el sol caía, mirando abrirse delante, en egregio anfiteatro, las lomas nerviosas de Guadarrama... Había en torno nuestro un silencio que en cada instante iba á romperse y persistía, silencio donde laten las entrañas de las cosas, en que esperamos que rompa a hablarnos cuanto no sabe hablar. El valle verde y amarillo se alongaba a nuestros pies: la sierra levantaba poderosamente su vieja espalda sobre el cielo puro...Recios aromas se alzaban del pinar, y sobre nuestras cabezas unos grandes pájaros grises volaron con lentos aletazos que arrancaban al aire suspiros..." (Ortega y Gasset, 1906).

Ciro Bayo , escritor, viajero, aventurero y traductor. Precursor de la generación del 98 fue amigo de los Baroja y de Azorín. Como amante de los viajes dejó registrado en uno de sus escritos la siguiente referencia:

"...En esos montes los prados están floridos y espléndidos como en Andalucía; en invierno, las enormes masas de nieve que cubren los picos del Guadarrama, dan al paisaje un carácter alpino, bello y sorprendente. Aquí y acullá y a cada momento, os recrea tan pronto una llanura, tan pronto una colina; ora un bosque, ora un salto de agua; bien un horizonte velazqueño, bien la lejana silueta de Madrid; delectaciones y voluptuosidades más íntimas y de más valía que cuantas se proporcionan los paseantes en corte..." (Bayo y Seguro, 1911).

Miguel de Unamuno, escritor y filósofo perteneciente a la generación del 98. Tuvo una intensa y en ocasiones discrepante relación con Francisco Giner de los Ríos y fue asiduo durante su estancia en Madrid de las actividades de la Residencia de Estudiantes. Mantuvo una correspondencia epistolar con Giner de una treintena de cartas recogidas todas ellas en el libro Unamuno "agitador de espíritus" y Giner. Correspondencia inédita, (Editorial Narcea, 1977). Como es habitual en todos los miembros de su generación, Unamuno fue un gran observador y enamorado del Paisaje, y como es natural también lo hizo respecto al tema que nos ocupa:

"Con la visión todavía del Manzanares metropolitano y arteriosclerótico fuese uno a buscar la mocedad del río pequeño y con ella la de Castilla la Nueva. Manzanares arriba hasta dar vista y pecho a la Pedriza, en la sierra del Guadarrama. La Pedriza, esto es: pedregal, escombrera de castillos de mano de Dios, naturales.(...) Y de ellos baja, suero de vida, el agua viva del río Manzanares, por un campo escueto y sereno, aromoso a jara, tomillo y cantueso. El río naciente—y renaciente—que se remansa luego en el pantano de Santillana para ofrecer espejo al cielo, y, de soslayo, a la Pedriza, su madre.(...) Lo que nos enseña, recreándonos—y nos recrea enseñándonos a ser hombres—el contemplar la naturaleza como historia y la historia como naturaleza, el paisaje como lenguaje y el lenguaje como paisaje, las pedrizas

Francisco Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza, y su labor como “descubridores” de la sierra del Guadarrama.

como castillos y los castillos como pedrizas, y sentir cómo Dios, el Supremo Solitario y Hacedor, juega a sus solitarios con las dos barajas, la natural y la racional, barajustándolas y desbarajustándolas arreo.” (Unamuno, 1932).

Ramón Menéndez Pidal, experto investigador medievalista y uno de los mayores estudiosos del Poema del Mio Cid, fue presidente del Ateneo de Madrid y alumno del cántabro Marcelino Menéndez Pelayo. Su vinculación con el institucionismo llegó a través de una doble vía. De un lado su público rechazo hacia el ultraconservadurismo le hizo acercarse a las ideas del grupo krausista y a los métodos innovadores practicados en la ILE. De otro, su matrimonio, con una de las mujeres que constituyeron el grupo de las llamadas “modernas”. María Goyri, escritora y defensora de los derechos de la mujer, que había participado de la órbita de la Institución a través su actividad en torno al Instituto Escuela. Ambos, María y Ramón eran grandes aficionados al excursionismo, el cual practicaban en solitario y junto con los institucionistas en las excursiones que éstos organizaban por el monte de El Pardo y la sierra del Guadarrama.



Menéndez Pidal y María Goyri en El Pardo

El compromiso de Menéndez Pidal con el Guadarrama, fue tal, que bajo su dirección, la Real Academia Española de la Lengua propuso, en 1930, la declaración de Monumento Natural de Interés Nacional a la Peña del Arcipreste, situada cerca del Puerto del León, entre el Collado de la Sevillana y la Peña del Cuervo, para conmemorar los 600 años del Libro del Buen Amor.



Peña del Arcipreste

Pío Baroja, aunque guipuzcoano, compartió la mirada de admiración hacia Castilla y lo que ésta representaba para la Generación del 98. Durante su estancia en Madrid participó junto con Ramiro de Maeztu, Azorín y José Ortega y Gasset de algunas inolvidables excursiones por las sendas del Guadarrama y sobre todo en torno a la Cartuja de El Pualar, lugar donde descubrió a Nietzsche. En su obra *Camino de perfección* (Baroja, 1902), narra su subida a las cumbres de Peñalara con una gran exactitud en la descripción del paisaje y de los lugares por los que transcurre:

“...Charlando iban subiendo el monte, se internaban por entre selvas de carrascas espesas con claros en medio. A veces cruzaban por bosques, entre grandes árboles secos, caídos, de color blanco. (...) A su lado corría un torrente, saltando, cayendo desde grandes alturas como cinta de plata. (...) Anochecido llegaron a la laguna y anduvieron reconociendo los alrededores por todas partes a ver si encontraban alguna cueva o socavón donde meterse. Era aquello un verdadero páramo, lleno de piedras, desabrigado; el viento, muy frío, azotaba allí con violencia. Era un paisaje extraño, un paisaje cósmico, algo como un lugar de planeta inhabitado. (...) Cuando aun creían que era media noche, comenzaron a correr nubes plomizas por el cielo. (...) De pronto apareció sobre las largas nubes azules una estría roja, el horizonte se iluminó con resplandores de fuego, y por encima de las lejanas montañas el disco del sol miró a la tierra y la cubrió con la gloria y la magnificencia de los rayos de su inyectada pupila. Los montes tomaron colores: el sol brilló en la superficie tersa y sin ondas de la laguna. Después de admirar el espectáculo de la aurora se decidieron los dos a subir a la cumbre del monte...”

Pío Baroja también nos ofreció algún poema como El Guadarrama:

*“Muralla del Guadarrama,
cielo azul, resplandeciente,
aire de tarde, relente,
viento que silba y que brama,
olor de jara y retama,
de tomillo y de romero;
montes de color de acero,
ceñuda tranquilidad,
repose, serenidad,
lento anochecer severo.”*

José María Ruíz, Azorín. Alicantino, de nacimiento en Monóvar. Compartió con Giner y con los institucionistas el amor por el paisaje castellano con esa visión que el primero lograba contagiar a cuantos participaban junto a él de la pasión por la naturaleza y lo que ésta representaba en la vida de las personas:

“...De Giner hemos aprendido a no desdeñarnos de viajar modestamente y a no sentir humillación por ello. Giner ha comenzado a suscitar el gusto por las viejas ciudades españolas, por la vida de los labriegos, por las cosas humildes y cotidianas que antes pasaban inadvertidas...” (Azorín, 1916).

Antonio Machado Ruíz, fue quizá el miembro de la Generación del 98 que más y mejor conectó con la visión que Giner tenía del paisaje y más concretamente del paisaje del Guadarrama a la que llama “la sierra de mis tardes madrileñas”. Este sevillano, que junto a su hermano Manuel, fue alumno de la ILE y tuvo a Giner como maestro, compartió junto a sus compañeros de estudios días de paseos y aprendizaje por las sendas de El Pardo y de la sierra del Guadarrama. En su obra poética encontramos múltiples ejemplos de su admiración por este paisaje y lo que éste representaba en su visión de España, aunque quizá el más estremecedor de todos es el que dedica al mismo maestro Giner, seis días después de su muerte (Machado, 1915):

*“Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,*

*los muertos mueren y las sombras pasan:
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!
Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
el sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
...¡Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama!
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España*

Un punto de partida: La excursión memorable, verano de 1883.

Desde sus mismos principios pedagógicos la ILE había apostado por un conjunto de valores educativos que hacían de la naturaleza su principal aliada. Los valores de salud física que suponía el contacto directo con el medio natural, con la vida al aire libre, en relación directa con los distintos elementos climatológicos; la actitud de vida sencilla, no necesitada de grandes cosas para poder disfrutar de la existencia; la visión clara de que la naturaleza y todo aquello que conformaba el paisaje debían ser la principal maestra de los niños y jóvenes en su proceso educativo; el convencimiento de que el contacto íntimo con la naturaleza era el mejor escenario para forjar un espíritu fuerte y vigoroso con el que hacer frente a los retos y dificultades que la vida pudiera plantear; la necesidad de ejercitar el cuerpo con una actividad tan al estilo de lo que se propugnaba en los nuevos planteamientos educativos de origen anglosajón y centroeuropeo; la propia oportunidad que ofrecía la contemplación del paisaje para descubrir los valores de las raíces culturales propias, así como la posibilidad de soñar nuevos retos que hicieran engrandecerse a sus artífices y a la sociedad en su conjunto. La naturaleza, de esta manera, se convertía en la mejor maestra y en la herramienta más eficaz para soñar ese nuevo florecer de España que tanto deseaban los impulsores de esta hazaña pedagógica.

Desde las primeras clases no dudaron en incluir de una manera continua y programada un universo de excursiones dirigidas a que los escolares conocieran el mundo que les rodeaba pero desde sus manifestaciones reales que se mostraban

Francisco Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza, y su labor como “descubridores” de la sierra del Guadarrama.

aquí y allí en muy diversas expresiones. De esta manera diseñaron excursiones y actividades en tres campos principales:

- a) aquellas que tenían que ver con actividades humanas y profesionales que se desarrollaban en el medio urbano o rural;
- b) aquellas que se relacionaban con el arte o la ciencia en sus distintas manifestaciones y;
- c) aquellas que estaban relacionadas con cualquiera de los elementos constitutivos del paisaje.

Entre las primeras podemos encontrar actividades tan variadas y distintas como visitas a fábricas, estaciones de ferrocarril, correos, talleres de artesanos, etc.

Entre las segundas estarían toda esa riqueza de posibilidades que brindaban la variedad de museos de arte, historia y ciencia, ciudades y pueblos con gran riqueza monumental e histórica, etc.

En el tercer grupo, las que nos ocupan en este caso, se encuadraban las excursiones llevadas a cabo al monte de El Pardo, recurso natural al que podían acceder a pie desde Madrid; pueblos cercanos como Torreloz, Galapagar, La Navata, El Boalo, Manzanares el Real, Las Rozas, las terrazas del Manzanares y otros, en los que se podían estudiar los distintos tipos de suelos y formaciones rocosas, así como fallas y placas tectónicas u otros aspectos de la formación geológica; y poco a poco se fueron acercando a esa que sería la gran aula de naturaleza para la Institución, las montañas del Guadarrama.

En julio de 1883, del sábado 14 al martes 17, se llevó a cabo la primera gran excursión que realizaban profesores y alumnos de la ILE para adentrarse y atravesar la Sierra. A esta primera experiencia la llamarían con posterioridad la “excursión memorable”. Comenzaron en Madrid, atravesaron numerosos parajes de la sierra como quedará descrito a continuación, después continuaron hasta Torrelavega, San Vicente de la Barquera (Cantabria), recorrieron la cornisa cantábrica, Potes, Bulnes, Ostón, Los Lagos de Enol y La Ercina y Covadonga. El 12 de agosto llegan a Gijón. Después a Santullano, León, Astorga, las Médulas. Llegaron a La Coruña el 10 de septiembre, continuaron viaje a Santiago de Compostela y Vigo para descender hasta Lisboa, desde donde regresarían a Madrid, para lo cual tuvieron que solicitar que se les enviara algo de dinero (70 duros) para poder sacar los billetes del tren de regreso, ya que habían agotado el dinero con el que contaban para la expedición.

El grupo de partida lo componían cuatro profesores: D. Francisco Giner de los Ríos, D. Manuel Bartolomé Cossío, D. Salvador Calderón y D. Gerónimo Vida. A los que se sumaban diez alumnos: Sres. Julián Besteiro, José Arellano, Raimundo Martínez Vaca, Prieto, Madrid, Eduardo Chao, Alejandro Chao, José Garay, Pedro Blanco y Darío Cordero.

A continuación y a modo de ejemplo de lo que luego serían los cientos de excursiones realizadas a los distintos parajes de la cordillera, paso a reproducir por su interés casi íntegro el relato inconcluso recogido en las páginas de varios números del BILE, publicado tres años después de llevar a cabo el viaje. Es evidente que el estilo de la narración no se limita a contar lo que acontecía en el devenir de la excursión sino que además procede de manera bastante rigurosa a describir el paisaje, los lugares por los que atraviesan, las alturas, temperaturas, tipo de suelo, vegetación, etc. En una narración exhaustiva de lo que ellos mismo llamaron su "expedición" por la sierra del Guadarrama. Como se verá, conserva ese estilo de descripción humboldtiana del paisajismo geográfico moderno que convierte la narración del recorrido en un compendio en el que se unen todas las perspectivas en una tal como ya se ha dicho, además narra el devenir, los estados de ánimo, las circunstancias de la alimentación, las anécdotas del grupo, en definitiva una descripción completa, rigurosa y polifacética de lo acontecido.

Día primero, sábado 14 de julio.-

"Salida de la estación del Norte a las 19:30 de la tarde. Geografía de la cuenca del Manzanares. Las Rozas: cuenca del Guadarrama. Entre Las Matas y Torrelodones: paso del terreno terciario al arcaico y examen, en las trincheras de la vía, de una morena...

Villalba a las 20:30 de la tarde.

En la cama a las 22:30 en la Posada de D. Segundo Ortega.

Día segundo, domingo 15 de julio.-

A las 03:00 de la mañana en pié. A las 04:00 en marcha, cielo despejado. Altitud 780, 2 metros. Carretera de 2º orden, de Villalba a Segovia por el puerto de Navacerrada; muy mal cuidada. Dirección Este, sobre el (río) Guadarrama. Se atraviesa la carretera de Madrid a La Coruña. En la base de la sierra del Cuchillar, a 800 metros de la Estación de Villalba tuerce al Norte, al Este y sigue una carretera de tercer orden a Manzanares, construida sólo hasta Moralzarzal, 6 km. Y pasando por Collado Villalba, en el km. 1,500. Panorama de la Sierra, de Oeste a Este: Las Machotas, el cerro de San Benito, el puerto de Malagón, los Abantos, Cuelgamuros, el Quedado de las Mulas, el Salto del Lobo, el collado de la Cierva, el puerto de Guadarrama, las Aguardenterías, Tres Picos, La Peñota, las Porrillas, Montón de Trigo, el puerto de la Fuenfría, Collado Ventoso, Siete Picos, el puerto de Navacerrada, las Guarramas y Guarramillas, La Maliciosa, Cabezas de Hierro y las Pedrizas.

Temperatura a las 05:00 de 9°. La carretera desciende hacia el Norte al valle de Alpedrete, que queda al Oeste En 3,200 Km. Atajo al Este a Collado Villalba. Al otro lado de la carretera seto con gran provisión de zarza-moras; 4 km 500 m casa de peón caminero. Se ve muy bien al Este El Escorial, y la carretera que va al puerto de Guadarrama (hoy puerto de Los Leones); por este pasan las diligencias a Segovia

cuando se cierra por la nieve el de Navacerrada; 4 km 900 m fuente. La carretera va subiendo por la vertiente occidental de la divisoria entre Guadarrama y Manzanares.

Temperatura a las 6:00 13°. 7 km 500 m observación de una falla en el granito y un gran filón de cuarzo. 8 km en la ladera mucho granito descompuesto; explicación de este fenómeno. Plantas digital, mejorana, cantueso, senerio y borraja. 9 km a la salida de la garganta, la Venta de las Salineras, donde suelen cambiar tiros las diligencias. Almorzamos. La carretera sigue en dirección Norte y teniendo al Este todo el valle de las primeras aguas del Manzanares. El pueblo principal que se ve a distancia de 2 km, es Becerril. 10 km 100 m, casa de peón caminero. Vista del valle y del pueblo de Navacerrada; al Norte, camino que va desde aquí recto a este pueblo, siguiendo el mismo cauce de las aguas que de allí bajan. Seguimos por la carretera que sube por la ladera Este de la divisoria entre Guadarrama y Manzanares. En el km 13,500 sale el atajo que viene del pueblo. 14 km, antiguo portazgo de Navacerrada, casa de peones camineros. La carretera pasa por la misma divisoria; las aguas de la cuneta del Este van al Manzanares y las del Oeste al Guadarrama. Aquí concluyó la carretera de tercer orden que viene desde El Escorial a Miraflores. Vista del valle del Guadarrama.

A 100 m de la casa de peones, la venta que llaman Fonda de Navacerrada, donde acostumbran también a cambiar el tiro de las diligencias. En ella puede hallarse pan, vino, huevos, patatas, chocolate y algún embutido; cuatro colchones y sacos de paja para dormir en la ancha cocina, que tiene gran fogón de leña. Frente a la casa, al otro lado de la carretera fuente con pilón, para beber las caballerías. Desde aquí comienza a acentuarse la pendiente y a ser más caudalosos y abundantes los regatos que bajan de la sierra. El panorama es cada vez más amplio, viéndose los pueblos de Cercedilla, Los Molinos, Guadarrama y en último término, El Escorial. En el 15 km 500 m, baja el arroyo más importante de la segunda parte del camino, con alcantarilla en la carretera. A los 300 m fuente con pilón. 16 km las Ventas de Cercedilla o el Ventorrillo, grupo de tres o cuatro casas, una de ellas de peón caminero (en este punto construirá posteriormente, en 1912 la Institución Libre de Enseñanza su casa refugio, gracias a una donación y cesión del terreno para construir la edificación por parte del ayuntamiento de Cercedilla). De aquí arranca un camino de carreta en malísimo estado y muy pendiente, a Cercedilla a 3 km aproximadamente de largo. Temperatura 23°. El valle se estrecha, dominado ya por las cumbres de Siete Picos; comienza el bosque de pinos y la pendiente se hace mucho más sensible.

Entre el 18 y 19 km, un arroyo importante que baja en cascada, a los 100 m cantera de pórfido negro, y a poco trecho, gran porción de bolas de porfirita. La vertiente por donde sube la carretera apenas tiene pinos, durante los km 20 y 21, en todo el trecho que va desde aquella hasta las cumbres; pero la parte inferior que va al fondo del valle, está bastante poblada.

A las 12:00 en lo alto del puerto de Navacerrada. 21 km 100 m. Divisoria de aguas entre Tajo y Duero. Altitud que da Vogel 1779 m. Temperatura 30°. Ventorrillo habitado en los meses de verano por algún vecino de Navacerrada o Cercedilla,

que lo alquila para vender pan, vino y aguardiente. Nada de camas. Caseta de la Guardia Civil, nadie vive en ella, es sólo para refugio. Fuente escasa a los pocos pasos, en la vertiente Sur. Allí se hizo lavatorio y comida. Siesta.

A las 14:00 en marcha, en dirección al Paular y a Rascafría en el valle del Lozoya. En vez de tomar las veredas que faldeando por la vertiente Norte llevan al puerto del Paular, subimos recto al cerro de las Cárcavas, primer punto del macizo de las Guarramas, que domina por el Este el puerto de Navacerrada. Subida fatigosa por el calor, la pendiente de unos 40°, y la marcha sobre canchales de granito cubiertos por el piorno y el enebro rastrero. Hay caminos de carretas y veredas que conducen a los ventisqueros, para sacar la nieve, pero rodean mucho para llegar a la cumbre. Soberbio panorama. Lección de geografía: cuencas principales que desde allí se descubren y sus divisorias, accidentes geográficos y poblaciones a la vista: Madrid y Segovia; Siete Picos al Oeste; el valle del Lozoya al Este; Cabezas de Hierro al Sureste; Peñalara al Noreste.

Continuamos por la cumbre de Guarramillas hacia el Este. Contacto del granito gneis gladular y micáceo. Gran ventisquero al comenzar la vertiente Sur. Hermosa vista de Madrid desde él. Juego en la nieve. La mayor altitud que aquí se calculó, fue de 2.100 m. Ojeada a la cuenca del Lozoya. Descenso hacia el Norte, al puerto del Paular (hoy puerto de Los Cotos), y continuación por la cumbre de éste hacia la base de Dos Hermanas y de Peñalara. Ventisquero pequeño al comienzo del puerto hacia el Este y dando sus primeras aguas al Lozoya. Camino fatigoso, sin vereda y pisando siempre el enebro rastrero.

A las 7:00 en el extremo Norte del puerto del Paular, en la base misma de las Dos Hermanas, donde están las veredas, restos de la antigua carretera de San Ildefonso al Paular, que sube por la Boca del Asno desde la Venta de los Mosquitos. Allí comienzan los pinos de la ladera Oeste y está señalado el límite de las dos provincias. Arroyo de Lozoya, saciamos la sed. Seguimos las veredas hacia Rascafría, que van por un valle estrecho, desnudo de arbolado, pero cubierto de praderas, a la que llaman la Hoya del Toril. A los 200 m entramos en los pinos, el camino se hace carretero y desciende rápidamente en zigzag casi hasta la orilla del Lozoya. En esta bajada anocheció. Incertidumbre acerca del camino y sobre la continuación o suspensión de la marcha. Continuamos a lo largo del río siempre a la orilla izquierda, en la seguridad de llegar de este modo a Rascafría pero convencidos ya de que la diritta vía era smarrita. La luna en creciente nos ayudó mucho. El paisaje imponente y severo por la estrechez del valle, las enormes masas de ambas vertientes, la espesura del pinar y el río despeñándose con verdadero estrépito. La marcha fue muy lenta, por la desigualdad del piso, la frecuencia con la que hubo de vadear los arroyos, allí ya muy crecidos, que bajan de Peñalara, y las consiguientes subidas y bajadas del camino.

A las 24:00 salíamos del bosque y encontrábamos una casa (la Casa de la Horca, aunque ellos no lo sabían), a tiempo que la luna se ponía y el cansancio y el sueño nos iban rindiendo. Estaba cerrada y sin gente, pero a su lado en un

pequeño establo sin puerta, nos tendimos para esperar el día, se encendió una hoguera y hubo turno de guardia. El Sr. Cossío y Jorge Arellano salieron todavía con la esperanza de hallar pronto el Paular, pero volvieron al cabo de una hora sin ninguna noticia (El recorrido realizado por el grupo durante este fatigoso día fue de unos 45 km. Y unos 2000 m de desnivel. Se habían levantado a las 03:00 de la madrugada y llegaban a la Casa de la Horca a las 24:00, es decir, 21 horas de camino con medios materiales muy poco adecuados y con un grupo de niños de 12-13 años).

Día tercero, lunes 16 de julio.

Despertamos a las 4:10. Temperatura 18°. Efectivamente estábamos al abrirse el valle del Paular. Nos aparecieron el convento (Monasterio de El Paular) y el pueblo de Rascafría, a una legua de distancia, en dirección Noreste, siguiendo la cuenca del río. Bastante animados todos, y no tan cansados como era de esperar, con relación a lo que la jornada anterior habíamos andado. Paseo entre los pinos para gozar de aquellos sitios pintorescos, ocultos antes por la oscuridad de la noche.

A las 6:30, en marcha hacia el Paular. Baño y limpieza general en el Lozoya. En marcha, de nuevo, a las 7:40. El camino recorre una vega llana y va por entre sembrados de trigo y praderas. Al cabo de una hora, pasamos un arroyo cubierto de ranúnculos, y subimos una pequeña colina cerca del río, en la cual aparece la caliza cretácea, último terreno del período secundario, depositado allí mediante la inundación que el mar hizo de esta tierras en dicho período. Se baja la colina y se entra inmediatamente en hermosas arboledas de álamos, olmos y fresnos que son ya propiedad de la Cartuja, a cuyas puertas llegamos a las 9:00. Preguntamos por alojamiento y no habiéndolo seguimos de largo hacia Rascafría, que dista media legua del convento, por un camino carretero, ancho, muy descuidado, pero con hermosos árboles y que va paralelo al Lozoya, siempre en su margen izquierda. Cerca ya del pueblo, se encuentra primero, a la derecha, la fábrica de papel de los señores Fernández Iglesias, y un poco después a la izquierda, otra de aserrar maderas, perteneciente a la Compañía belga del Paular, que desde hace mucho tiempo tiene arrendados y viene explotando los pinares que fueron antes del Monasterio. A las 10:12 llegamos a Rascafría.

Lo primero que se encuentra a la entrada del pueblo, es el camposanto. Seguimos por la calle de la izquierda, a lo largo del arroyo, hasta encontrar un puente que parece del siglo XVI, lo atravesamos, y en la calle inmediata paramos en la Posada de Calixto Pérez. Aspecto pintoresco. Se compone de un pequeño corral descubierto, que tiene a la derecha la cocina, la cuadra y contigua a ésta al aire libre, la escalera de tablas que da subida a las habitaciones. Son estas una sala y dos alcobas muy bajas de techo y recubiertas de tablas, que les dan aspecto de camarote de barco. Vasares junto al techo, con la poca vajilla de la casa, velones antiguos colgados, unas litografías iluminadas con historias románticas, y sillas de paja con clavos romanos de estilo neo-clásico. Dificultad para hacer, de momento, algo que comer. Almorzamos con lo que aún conservábamos de Madrid, más una

jícara de chocolate y ensalada de lechuga. Después del almuerzo nos acometió el sueño, y tuvimos gran siesta de 11:30 a 15:00 de la tarde, unos en la casa y otros en el campo, a la sombra de los árboles junto al río. Estos últimos dieron una vuelta por el pueblo, y vieron la iglesia cuyo exterior es de estilo greco-romano, aunque la puerta pertenece todavía al primer Renacimiento, en toda la construcción se nota el influjo decidido de El Escorial, como en las demás iglesias de los valles de la vertiente Sur del Guadarrama.

A las 16:00 visitamos la Cartuja. Su advocación es la de Santa María de El Paular, nombre derivado, al parecer, de pobeda, alameda; de pobos, álamo, tal vez por los muchos que en lo antiguo hubiera en el valle. Comenzándose a edificar en el reinado de D. Juan I por encargo de su padre D. Enrique II, según dice un privilegio que D. Juan II concedió al Paular en Valladolid el 15 de mayo de 1432: "El rey D. Enrique, mi bisabuelo, que Dios de santo Paraiso, por encargo que tenía de un monasterio de la dicha Orden de Cartuxa que ovo quemado andando en las campañas de Francia e por descargo de su conciencia, mando el rey D. Juan, mi abuelo, que Dios de santo Paraiso, que ficiesen un Monasterio cumplido en los sus reinos de Castilla según Orden de la Cartuxa." D. Juan I puso a los Cartujos en posesión del territorio el 29 de agosto de 1390, y comenzó las obras. D. Enrique III les dio unos palacios que allí tenían los reyes, donde solían ir algunas temporadas de caza, concediéndoles además rebaños y pastos. D. Juan II les concedió el privilegio de la pesca del Lozoya, concluyó la obra del Monasterio en 1440, y fue tanta su liberalidad, que con los sobrantes de los bienes, ya se pensó en 1458 en erigir otra Cartuja, que fue más tarde la que, por influjo del Gran Capitán, se estableció en Granada. Vinieron al Paular cartujos del Monasterio de Scala Dei y, fue su primer prior Fr. D. Lope Martínez.

Antes de entrar en el primer patio, y justo a la portería, está la capilla llamada de los Reyes, que según se dice fue la primitiva iglesia del siglo XIV, tal vez lo fuera, pero lo que hoy se conserva tanto de su interior, sin culto, blanqueado e insignificante, donde no queda más que una simple bóveda de crucería, como en sus contrafuertes exteriores, rosetón y puerta canopial, todo indica las huellas de fines del siglo XV, en que, probablemente sería reconstruida...

Todo el Monasterio, la huerta y gran parte de monte, vendiose por 30.000 duros, en calidad de bienes nacionales desamortizados. Hoy pertenece a la familia del catedrático y médico que lo fue de Madrid, Sr. Sánchez Merino. Siendo ministro de Fomento el Sr. Conde de Toreno, se declaró la iglesia monumento nacional y volvió el Estado a adquirir el claustro, el refectorio y las celdas, tenemos entendido que en 60.000 duros.

Los dueños del Monasterio suelen alquilar económicamente algunas habitaciones a familias de Madrid, para pasar el verano. La dificultad está en tener que llevar muebles o provisiones y en la poca variedad de alimentos que se encuentra. Leche, jamón, sin embargo huevos no faltan. La portera Aquilina ha hecho proposiciones alguna vez para tener huéspedes en su casa a dos o tres personas.

A las 18:30 merendamos a la orilla del río, yendo después al sitio en que por la mañana vimos las calizas cretáceas, para determinar su dirección y buzamiento, que resultaron ser: la primera Este a Oeste con algunos grados al Norte; y el segundo normal a la dirección, o sea Norte a Sur con grados al Oeste, formando con el horizonte un ángulo de cerca de 20°. Presión barométrica 750,8; temperatura a las 19:30 de 20,5°.

Allí hablamos con un hombre del pueblo que nos dijo llamarse el sitio en que estábamos la portadilla de Malabarba; llanos de Malabarba, la vega que se extiende hasta la casa en la que dormimos la noche anterior, y aquella situada sobre el cerro de Navalabuena, Casa de la Horca, destinada a correccional en tiempos de los frailes y hoy a guarda de maderas de la Sociedad belga. Nos confirmó que hay un camino mucho más corto para venir desde la hoya del Toril a Rascafría que el que nosotros habíamos tomado, equivocadamente, a lo largo del río. En vez de bajar a éste desde la Hoya del Toril debe seguirse recto al Este por la falda Sur de Peñalara, camino que llaman de Navalpalero, y más adelante, de la casa del Brezal, adonde viene a parar. Calculan una legua desde la Cartuja hasta la Casa de la Horca, desde ésta a la hoya del Toril, o sea todo el pinar, legua y media, y desde la hoya a la cantina del puerto de Navacerrada, más de una legua.

Volvimos al anochecer, y a las 20:00 cenamos: gallo con arroz y pimientos, pollo con guisantes, truchas, ensalada de patatas cocidas, almendras tostadas y bizcochos recientes. No pudimos tomar leche por ser difícil hallarla, a no ser por la mañana temprano, ni fruta por haberse helado este año. Todo fue abundante, hasta el punto de poder guardar gran parte para el día siguiente.

De sobremesa, nos dio Vicente, el hijo del posadero, noticias del pueblo. Tiene Rascafría 250 vecinos, una escuela de niños y otra de niñas, pertenece al partido de Torrelaguna y a la Audiencia de lo criminal de Colmenar Viejo. Cultivase, sobre todo centeno y patatas y un cereal, variedad del trigo, más sabroso y menos nutritivo que éste, y al cual llaman tresmesino por dar su producto en tres meses, de Marzo o Abril a Junio o Julio. Muchos vecinos son operarios de la fábrica de papel y de la de aserrar maderas, ninguna de las cuales pudimos ver por falta de tiempo. La riqueza es poca y, como término de comparación, nos dijo que el más rico del pueblo, llamado Peliba, tendría un capital de 3.000 duros. Durante el invierno, que dura seis meses, suelen cazar todos los años algunos corzos que envían a Madrid generalmente.

A las 22:00 nos acostamos vestidos, repartiéndonos los catorce entre cinco colchones y cuatro jergones que había en la casa.

Cuarto día, martes 17 de julio.-

A las 04:15, en pié. Temperatura 19°. A las 5:15 emprendimos la subida al puerto del Reventón para pasar a La Granja, acompañados de un guía por 10 reales. El camino pasa por las eras de Rascafría desde donde empieza a dominarse el panorama del valle y de toda la línea de cumbres que lo limitan: al Oeste, Peñalara con sus

ventisqueros, y arrancando de su falda y en dirección Suroeste, formando el fondo de la cuenca del Lozoya, el puerto del Paular, con una estribación avanzada – el cerro de Cabeza Mediana, que divide en dos partes el valle en su origen – y dominado por las cumbres de las Guarramillas, que limitan por este lado el horizonte. El puerto del Reventón, Peñalara, el puerto del Paular y las Guarramillas, forman la divisoria fundamental de aguas entre Duero y Tajo. No así la imponente mole de Cabezas de Hierro, donde nace el tramo de sierra, que bajando suavemente hacia el Este, recibe los nombres principales de La Najarra, La Morcuera y el alto de la Revuelta; muere en las peñas de la Cabrera; sirve de límite meridional al valle, y sólo divide aguas de ríos, que, como el Manzanares, el Guadalix y el Lozoya, tardan poco en ir a perderse todos al Jarama. En este cordel están los portachuelos de Miraflores de la Sierra y de Bustaviejo – pueblos de la cuenca del Guadalix – por donde suelen salir en dirección a Madrid los habitantes del valle. Desde el primero a Rascafría calculan tres horas, y cuatro, desde el segundo. Por el Oriente, se ensancha el valle para dar paso al río, siendo esta la única salida practicable en la época de las grandes nevadas; al Norte, finalmente, está cerrado por el eje principal que ahora subimos de la cordillera, en el tramo que, arrancando de Peñalara, va hasta el Puerto de Somosierra, por donde pasa la carretera de Madrid a Francia, al Este del cual, a poco se desprende la estribación que, sirviendo de límite entre las provincias de Madrid y Guadalajara, lo es también de las aguas del Lozoya y del Jarama. Entre Peñalara y Somosierra están, de Oeste a Este, los puertos del Reventón, Malagosto, Navafría o Lozoya, Linera, Arcones y la Acebeda.

A medida que subíamos íbamos distinguiendo casi todos los pueblos del valle. En la margen izquierda del río, vimos después del Paular y Rascafría, Oteruelo, Alameda, Pinilla y Lozoya. Más lejos, están ya fuera de nuestro alcance Gargantilla, Pinilla de Buitrago, Navarredonda, San Mamés y Buitrago. A la derecha están, pero ocultas por las depresiones del terreno, Canencia, Garganta, Lozoyuela, Cinco Villas, Mangirón, Siete Iglesias y las Navas de Buitrago.



Rascafría y el valle del Lozoya

El camino, que al principio atraviesa sembrados, entra a poco en un hermoso monte bajo de roble, por donde marchamos en sombra. El terreno es gneis. En el collado Perachi, hay un mojón con un alfa y una omega esculpidas, que servía para

identificar el término de las propiedades del convento por esta parte, y allí cerca tomamos contacto con el gneis y el granito. Concluye el monte, a poco trecho se halla una gran piedra caballera de forma caprichosa, llamada por las gentes de la localidad el Carro del Diablo. Empiezan los pinos.



“Carro del Diablo”

A las 7:20, nos bañamos en el arroyo de la Redonda, que baja a Rascafría, y por cuya cuenca sube el camino. Se nos despertó el apetito, y fue grande el conflicto, al descubrir que los encargados de traer el almuerzo se lo habían dejado olvidado en la posada. Nos repartimos un poco de queso, unos orejones y almendras y seguimos la marcha, a las 9:10, con 31° de calor y por un terreno sin más vegetación que el piorno y el enebro rastrero. A la derecha del sendero y en un terreno pantanoso, está la fuente de la Mojoncilla. A la izquierda encontramos un pequeño ventisquero acabado ya de deshelarse.

A las 10:10, llegamos a la cumbre. En la última parte del camino vimos con extrañeza trozos sueltos de granito. El mojón que aquí señala los términos de las provincias de Madrid y Segovia es también de granito; pero no pudimos encontrar, por más que buscamos, esta roca in situ, sospechando, por tanto, que todo aquel granito sea de acarreo. Temperatura del aire a las 10:25, 24°. Temperatura de la tierra: 29°. Soplaban el viento fresco, característico de los puertos. Presión barométrica, 689. La altitud que da Coello a este puerto es de 2.058 metros, resultando el más alto de todos los de esta comarca: pues el del Malagosto, más hacia el Noreste, llega sólo a 1.946 m. y hacia el Suroeste, van también decreciendo progresivamente el del Paular (1.857 m), el de Navacerrada (1.849 m), el de la Fuenfría (1.840 m) y el de Guadarrama (1.527 m), por donde pasa la carretera de Madrid a La Coruña. Todos estos puertos son en realidad pequeñas depresiones, habiendo sólo unos 250 metros de diferencia máxima entre ellos y las cumbres, de lo que resulta lo suave del perfil de esta sierra. La subida desde el Reventón a Peñalara, el punto más alto del tramo (2.404 metros según Vogel), nos pareció muy fácil siguiendo la cumbre, que como casi todas las de esta sierra es redondeada y perfectamente transitable, a causa, sobre todo, de los materiales arcaicos de que se hallan formadas, y de las pocas y

ligeras dislocaciones que han experimentado, pero no pudimos hacerla, desgraciadamente, por hallarnos sin comida y expuestos a tener que pasar la noche en el alto, aplazándola para otra ocasión.

Despedimos al guía – que hace poca falta porque las veredas no tienen pérdida hasta el puerto – y comenzamos la bajada de la vertiente Norte, a las 10:30, por un camino sumamente quebrado y sin ninguna vegetación. A poco bebimos agua, ya de la cuenca del Duero, en la fuente de Infantes, que nace en unos prados húmedos llamados trampales, que poco a poco, se convierten en turberas, frecuentes en esta región subalpina de la sierra, y en las cuales suelen tener su origen los arroyos, sobre todo cuando hay gran cantidad de agua con la turba: entonces se llaman tellas. Continuamos por la vereda, a la orilla izquierda de la canal que forman las aguas de aquella fuente, que más adelante reciben el nombre de Arroyo del Chorro Grande, y en el sitio en que éste se despeña en cascadas por un ancho cauce de gneis cubierto de líquenes, teñidos por óxido de hierro y de aspecto muy pintoresco, pereciéndonos que habíamos perdido el camino y que dejábamos La Granja de San Ildefonso. Cruzamos en esta dirección la divisoria del macizo de Chorro Grande, que con Peñas Buitreras al Norte forma la estribación occidental del Reventón, y entramos en la canal del Arroyo Morete, por donde seguimos ya sin dificultad hasta llegar al monte bajo de roble, que llaman en general Las Matas, donde descansamos a las 14:15 de la tarde. Temperatura 30,5°. La bajada fue fatigosa, especialmente por haberla hecho casi toda fuera del camino que desde La Granja conduce a Rascafría por este punto, y que nosotros perdimos. Al pasar de una a otra canal, dimos con una torada que nos obligó a dispersarnos y a marchar con recelo. Allí observamos la dirección de las capas de gneis, resultando de NNO a SSE con buramiento de Suroeste a Noreste, en un ángulo de 35°.

El Sr. Madrid y Jorge Arellano se adelantaron para mandar preparar comida. A las 14:45 en marcha. A las 15:00 en la carretera y a los 10´ estábamos en la Posada de la Estrella, taberna de María la pajarota, entre los dos ramales de la carretera de Segovia. Disgusto al encontrar que faltaba E. Chao. Mientras el Sr. Cossío fue a buscarlo, comimos un par de huevos, escabeche, chorizos, peras y melocotones. Precio: 24 pesetas, por 14 personas.

A las 16:00 volvió el Sr. Cossío con Chao, que se había quedado dormido en el descanso del bosque. Lo propio hicimos todos en los bancos de la taberna, y a las 18:15 salimos para ver el palacio de La Granja de San Ildefonso...”

Y aquí culmina la narración que no tuvo continuación en números posteriores del BILE. No conocemos si desde La Granja se dirigieron a Segovia o regresaron a Madrid para continuar hacia Cantabria, aunque imaginamos que harían lo segundo.

Un recurso educativo inagotable

Esta excursión fue la primera de una inabarcable experiencia y relación entre los alumnos y profesores de la Institución con los montes del Guadarrama, en

alumnos a la luz de las enseñanzas de sus profesores, entre los que podemos encontrar grandes expertos en el estudio del paisaje como ya hemos señalado, otros la mayoría eran grandes aficionados al excursionismo y a hacer de cualquiera de los maravillosos rincones que encierra este reducto natural, un lugar donde aprender la historia natural pero también donde aprender a forjar el carácter y a conocer las raíces íntimas de su cultura.

Giner era persona que gustaba de la conversación tranquila en tanto caminaba por el monte o contemplaba el paisaje. Aquellos que le trataron aprovecharon esos ratos de intimidad con la naturaleza para disfrutar de su culta y variada conversación, para sacar conclusiones y aprendizajes de su cuidado y refinado juicio sobre las cosas que acontecían por aquellos días. Caminar junto a Giner algunos lo compararon con haber caminado junto al Aristóteles español, disfrutaba él y hacía disfrutar a sus discípulos en tanto paseaban por cualquier rincón del monte de El Pardo o de la sierra del Guadarrama. Inoculó a varias generaciones el virus del amor por el paisaje, por la naturaleza, por sus amados montes “del ancho Guadarrama”. Muchos de estos discípulos, serían fieles continuadores de los preceptos y aficiones de sus maestros convirtiéndose posteriormente en propagadores y defensores de una actividad que con el tiempo iría acercando cada vez más ese valor natural al conjunto de los madrileños, al conjunto de los españoles. Tal como nos cuenta Antonio Jiménez-Landi (1996), en sendas reuniones mantenidas las noches de 12 y 19 de noviembre de 1886 en la Institución algunas personas que desde hace tiempo venían realizando “excursiones con objeto de estudiar las comarcas próximas a Madrid, especialmente la vecina sierra del Guadarrama y las poblaciones en sus vertientes, así bajo el aspecto geológico y geográfico, como en el de sus usos y costumbres; en el botánico y zoológico, como en el de sus tradiciones, en el de su clima y producción, como en los monumentos arqueológicos que conserva, han acordado constituir una Sociedad ³ que sirva para concentrar esos esfuerzos aislados hasta ahora, en pro de la exploración de dichas regiones, sin perjuicio de extender su acción a todas aquellas que le sea posible”. El *guadarramismo*, el conocimiento y disfrute de la sierra del Guadarrama, había comenzado con aquellos pioneros y sus iniciales escaramuzas llenas de aventuras al adentrarse por sendas y trochas raramente frecuentadas por gentes que no fueran los escasos pastores que laboraban por aquellos parajes. Entrar por los lugares que no quedaban cercanos al camino de Madrid a Segovia por el puerto de Navacerrada, o el que a través del entonces llamado puerto de Guadarrama, hoy llamado de Los Leones, era casi como perderse en territorios inhóspitos, despoblados, alejados de los núcleos de población y por lo tanto sujetos a cualquier adversidad que pudiera presentarse. Aquellos primeros excursionistas tenían espíritu de exploradores que se adentraban en territorios nuevos y muy poco conocidos para la mayoría de ellos. El ferrocarril Madrid-Villalba del Guadarrama, como entonces se la denominaba, fue inaugurado en el año 1861. Hasta ese momento cualquier acercamiento desde la urbe a las inmediaciones se-

³ Se crearía la Sociedad para el Estudio del Guadarrama, teniendo como directivos a los profesores Macpherson, Sama, Bolívar y Quiroga.

ranas sólo era posible a través del uso de caballerías o de alguna de las diligencias que servían para el transporte de viajeros entre las principales poblaciones, lo que además suponía una gran inversión en tiempo y un coste que para muchos era frecuentemente inasumible.

A partir de aquel mes de agosto de 1861, la llamada "sierra" se acercaba algo más a los aventureros que osaban entrar en sus dominios. Se realizaba el viaje hasta Villalba del Guadarrama, en tren, para luego, en la mayoría de los casos, comenzar a lomos de mulas en reata un acercamiento a alguno de los parajes ya cercanos a las zonas de excursión como puedan ser alguno de los pueblos de Navacerrada, Cercedilla o al mismo puerto de Navacerrada en el mejor de los casos. Un avance sin parangón supuso la construcción e inauguración de la línea de ferrocarril entre Cercedilla y el puerto de Navacerrada, del llamado Ferrocarril eléctrico del Guadarrama que comenzaría su servicio en julio de 1923.

Lugares y enclaves con significación institucionista.

La huella de Giner y de los institucionistas en la sierra del Guadarrama es continua en cualquier alusión que se quiera hacer de ella, tanto durante la vida del maestro como con posterioridad dada la influencia que de ella ejerció en sus discípulos y en todos los allegados a la obra krausista. Pasear hoy día por cualquier rincón de nuestra sierra supone encontrar restos de su legado y de su amor por este entorno. No es difícil encontrar lugares como el Refugio Giner de los Ríos, inaugurado por el rey Alfonso XIII en mayo de 1916, bautizado así en honor al maestro y "amante de las montañas", como le llamaron, muerto tan sólo un año antes. Este refugio, propiedad de la Real Sociedad Peñalara tan vinculada desde su origen a la ILE, vive hoy uno de sus momentos más vigorosos, contando con guarda permanente y habiendo sido restaurado y ampliado en diferentes ocasiones. Está situado en la Pedriza del Manzanares, en la senda que transcurre desde Cantocochino al collado de la Dehesilla o de la Silla, según el caso, y un poco antes de llegar al lugar conocido como el Tolmo.



Primer refugio Giner, en una Pedriza prácticamente despoblada de árboles

Francisco Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza, y su labor como “descubridores” de la sierra del Guadarrama.

Otro paraje íntimamente vinculado a la Institución es la llamada fuente de los Geólogos, inaugurada por Julián Besteiro, uno de aquellos 10 alumnos de la ILE que participaron en la primera excursión institucionista por el Guadarrama. Se inauguró en mayo de 1932 en honor de aquellos primeros geólogos que tanto habían hecho por estudiar a fondo este espacio natural. La mayoría de estos adelantados geólogos, como ya ha quedado dicho anteriormente, estaban vinculados por sólidos lazos con la Institución y con Giner de los Ríos.



Julián Besteiro en la inauguración de la fuente de los Geólogos



Alumnos de la ILE practicando esquí junto a la fuente de los Geólogos

De la misma manera encontramos al pasar por el puerto de la Morcuera la fuente Cossío en honor al primer alumno de Giner y continuador principal de su obra educativa, Manuel Bartolomé Cossío. Dicha fuente fue inaugurada en octubre de 1932, por Julián Besteiro, por aquel entonces presidente de las Cortes Constituyentes Españolas, y por Fernando de los Ríos, sobrino de Francisco Giner de los Ríos y en ese momento Ministro de Instrucción Pública (Educación). Ambos, Besteiro y de los Ríos habían sido alumnos de la ILE y grandes admiradores de sus maestros, y continuadores de su amor por el paisaje y valores naturales del Guadarrama. La fuente fue inaugurada tres años antes de producirse el óbito de Manuel Bartolomé Cossío. En la actualidad la fuente sigue en uso, después de haber tenido varias restauraciones, la más reciente hace tan sólo catorce años. El lugar elegido para levantarla marca uno de los caminos y pasos más frecuentados por los niños y jóvenes institucionistas en sus incursiones por los senderos serranos, bien como llegada de la travesía de la Cuerda Larga, bien en su llegada desde la cercana población de Miraflores de la Sierra o bien desde la cercana Rascafría.



Inauguración de la fuente Cossío por Julián Besteiro y Fernando de los Ríos

La casa-refugio del Ventorrillo que erigió la Institución Libre de Enseñanza para servir de lugar de pernoctación a sus alumnos en el trascurso de las excursiones. Situada bajo las cumbres inhiestas de Los Siete Picos. En ella gustaba Francisco Giner de los Ríos refugiarse cuan ermitaño durante largos períodos, y a ella hubiera querido retirarse justo antes de acontecer su fallecimiento en febrero de 1915.



Casa-refugio de la ILE en el Ventorrillo

Entre los lugares que aún guardan en su toponimia nombres cercanos a aquellos primeros excursionistas pueden citarse algunos como el camino Schmid, en honor al austriaco Eduardo Schmid, miembro de la Real Sociedad Peñalara, y a su fundador el ya citado Bernaldo de Quirós. El camino Schmid, es hoy por hoy uno de los senderos más recorridos en la sierra del Guadarrama. Discurre desde el puerto de Navacerrada al collado Ventoso y desde éste al Refugio de la Real Sociedad Peñalara en la parte baja del valle de La Fuenfría, bajo la mirada de los Siete Picos y la mayoría de su recorrido sobre los extensos pinares de Valsaín. En total, 7 km. perfectamente señalizados.

La loma del Noruego en honor al ya mencionado Virger Sörensen quien trabó una gran amistad con los institucionistas Manuel Bartolomé Cossío y Manuel González Amezúa. Fue el introductor de la práctica del esquí entre los miembros de la ILE y primer fabricante de esquís artesanales al modo tradicional noruego. El ventisquero de la Condesa, antiguamente denominado como ventisquero de Guarramillas, está situado en el alto de Guarramillas (cercano a la hoy conocida como Bola del Mundo). Este paraje era uno de los preferidos por los institucionistas para interpretar el paisaje de la meseta sur, dominada desde allí de forma grandiosa y extensa. En tiempos de los primeros guadarramistas se empleaba como almacén de hielo con el que después surtían las despensas de las casas madrileñas. El hielo, era transportado en grandes carretas desde lo alto de Guarramillas hasta el mismo Madrid. El nombre de ventisquero se empleó en la sierra de Guadarrama para referirse a los neveros que almacenaban nieve y hielo durante casi todo el año. Denominado de la Condesa, por la condesa de Santillana Francisca de Silva y Mendoza, en cuyo tér-

mino se encontraba dicho ventisquero. El otro ventisquero o nevero más importante de la sierra del Guadarrama lo encontramos en Valdemartín.

Francisco Giner de los Ríos sabía apreciar tanto la "grandiosidad" de las montañas carpetanas del Guadarrama, como la modestia y la humildad de los montes y sotos de El Pardo. Al maestro le apasionaba pasear los domingos por éstos cercanos parajes, donde llegaba caminando desde su domicilio en Madrid, y meditar bajo alguna encina, tal como narra José Pijoan en su inolvidable documento "Mi Don Francisco Giner", en el que en su capítulo Los domingos en El Pardo escribe: "...El Abuelo (como llamaba Pijoan a Giner) va a El Pardo todos los domingos; habla ya de su fiesta en el campo dos o tres días antes. ¿Con quién irá esta semana? (...) el abuelo sale temprano con algún amigo o uno de sus discípulos que ha venido a buscarle. (...) A veces se tiende en el suelo, levantando sólo la cabeza con las manos para mirar mejor; absorbe, diríase, con los ojos los colores del campo; huele la tierra; se adivina que percibe cantos en el rumor de las ramas de las encinas...En ocasiones Giner interrumpía su estado de conexión con la naturaleza para exclamar: ¡Dios mío, Dios mío, y que indignos somos de esta terrenal belleza!" (Pijoán, 1927).

Referencias

- Altamira, R. (1921): El paisaje y los parques nacionales en España. BILE, año XLV, nº 736. Pp. 220.
- Azorín (1916): Las obras de Giner. La Lectura, nº 185 de mayo de 1916
- Azorín (1917). El paisaje de España visto por los españoles. Madrid. Renacimiento. Pp. 43.
- Azorin (1967). Cossio. En crítica de los años cercanos. Taurus. Madrid. 124-127.
- Baroja, P. (1902): Camino de perfección. Alianza Editorial. Madrid.
- Bayo y Seguro, C. (1911) Lazarillo español. Guía de vagos en tierras de España por un peregrino industrial. Librería Francisco Beltrán. Madrid.
- Bernaldo de Quirós, C. (1915). El descubrimiento del Guadarrama. BILE. 660, marzo. 25-31.
- Bernaldo de Quiros, C. (1915): Don Francisco Giner de los Ríos. Revista Peñalara, marzo. Pp. 33.
- Bolefín de la Institución Libre de Enseñanza, Programa de Excursiones, nº 225 de junio de 1886. 190-192.
- Bolefín de la Institución Libre de Enseñanza, Programa de Excursiones I, nº 237 de diciembre de 1886. 378.
- De Zulueta, L. (1915): BILE, nº 659.
- Giner de los Ríos, F. (1883). Paisaje. Ilustración Artística, nº 53. Barcelona. 368-369.

*Francisco Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza, y su labor como
“descubridores” de la sierra del Guadarrama.*

- Giner de los Ríos, F. (2004). Obras selectas. Austral-Espasa Calpe. Madrid. Pp. 793.
- Machado, A. (1915): A don Francisco Giner de los Ríos. Baeza, 21 de febrero.
- Ortega Cantero, N. (2012): Los valores del paisaje : La sierra de Guadarrama en el horizonte de Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza. En La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: Nuevas perspectivas. Tomo 2 "La Institución Libre de Enseñanza y la cultura española. Fundación Francisco Giner de los Ríos – Acción Cultural Española. Madrid. Pp. 673-711.
- Ortega y Gasset, J. (1906): Pedagogía del Paisaje. El Imparcial el 17 septiembre de 1906
- Pijoán, J. (1927): Mi don Francisco Giner (1906-1910). San José de Costa Rica
- Unamuno, M. (1932): Manzanares arriba, ó las dos barajas de Dios, Diario El Sol, el 26 de junio de 1932.

